

La Buhardilla

Danilo Kiš

Escuchaba llorar, en la noche, trenes invisibles y hojas entiesadas agarrándose a uñas contra el suelo duro y congelado. Por todas partes aparecían ante nosotros hordas de perros peludos, hambrientos. Salían de portales lóbregos y se colaban a través de vallas estrechas de madera. Nos solían acompañar en tropel, silenciosos. De vez en cuando levantaban hacia nosotros sus ojos cansinos, tristes. Mostraban un extraño respeto para con nuestros pasos inaudibles, para con nuestros abrazos.

No veremos delante de nosotros ninguna celda, cabaña o choza: ante nosotros se erguirá un edificio de piedra, de numerosas plantas: más altos los pisos, más fría es la vida en ellos. La indigencia, las penas, las desgracias, la ignorancia y las enfermedades empujan al hombre hacia arriba, planta por planta. Mientras residía abajo, aún estaba interesado en la diversidad de la vida, de alguna manera participaba en ella, bien que a menudo le era incomprendible e inalcanzable desde el nacimiento mismo (no deberíamos perder de vista que con el desarrollo de la civilización crece asimismo el número de los «inadaptados a la vida»). Más le empujaba hacia, alturas, más fría, le resultaba la vida al hombre; y menos conseguía entenderla y adaptarse a ella.

A. A. BLOCH

Eurídice

Escuchaba llorar, en la noche, trenes invisibles y hojas entiesadas agarrándose a uñas contra el suelo duro y congelado.

Por todas partes aparecían ante nosotros hordas de perros peludos, hambrientos. Salían de portales lóbregos y se colaban a través de vallas estrechas de madera. Nos solían acompañar en tropel, silenciosos. De vez en cuando levantaban hacia nosotros sus ojos cansinos, tristes. Mostraban un extraño respeto para con nuestros pasos inaudibles, para con nuestros abrazos.

De un árbol oscuro, cuyas ramas subían por encima de la valla, caían ciruelas otoñales, gordas, moradas. Nunca hubiera creído que en esta época del año pudieran existir prunas tan duras y tan azules. Pero en aquel entonces estábamos tan ocupados con nuestros abrazos que no nos fijábamos en este tipo de cosas. Sólo una noche, a la luz repentina de los faros de un viejo automóvil, advertimos cómo un tropel de perros, que hasta el momento nos seguía en silencio, se dedicaba a recoger, casi religiosamente, las ciruelas caídas en la grava y en el fango del canal. De golpe entendí por qué los perros iban tan silenciosos y abatidos; aquellas ciruelas salvajes les encogían las cuerdas vocales como si fueran piedras alumbres. Oí crujir entre sus dientes los huesos de la fruta, con los que engañaban su hambre. Parece, sin embargo, que ellos mismos se avergonzaban de todo eso; en cuanto el coche hubo echado su luz inopinada sobre ellos, se escondieron en el canal que costeara la carretera, a excepción de los que no llegaron a apartarse y se quedaron en el sitio, como petrificados.

El hombre de la pelliza paró el coche en seco.

«Extraño», dijo, mientras que yo no alcanzaba a ver a quién se dirigía. Creo que en el interior del coche no había nadie, porque no había luz.

Entonces, el hombre de la pelliza se arrodilló delante del cadáver y lo observó un largo rato, repitiendo; «¡Extraño! ¡Extraño!».

Nosotros nos pegábamos contra la pared agrietada, en la sombra, con la respiración cortada. Vimos cómo el hombre volvió al coche y encendió los faros.

Sólo una vez que el coche llegó al final de la calle, el motor se puso a zumbiar. Fue entonces cuando entendí cómo el hombre de la pelliza había conseguido sorprender a los perros. El coche bajaba la calle sin luces, en punto muerto, con la astucia de un depredador salvaje, con el viento en contra.

Entonces saltamos el canal y nos detuvimos en el sitio donde un poco antes estaba el coche. Los dos perros yacían sobre su costado derecho, casi simétricamente dispuestos entre sí. Uno de ellos era un viejo bulldog con hocico de simio masacrado por las ruedas del coche, y el otro era un perro faldero, con una chapa colgando del cuello. Me agaché para ver el collar. Sobre la chapa amarilla, del tamaño de una uña, estaban grabadas las palabras:

Larron. Crimen amoris.

Esperaba encontrar algún anuncio en los periódicos que me permitiera aportar mi testimonio y devolver el medallón al propietario del perro; pero no pude leer nada al respecto.

Así que, un día, cuando me aseguré de que no tenía razones para no considerar el oro como propiedad mía, llevé la chapa al joyero.

«Larron quiere decir "canalla"», dijo el joyero sin dirigirme la mirada.

Me quedé sorprendido.

«Es como se llamaba mi perro», dije yo para ocultar mi perplejidad.

«Extraño», dijo él.

«Le gustaba robar ciruelas.»

«¿Ciruelas?», dijo el joyero alzando la mirada.

«Eso le costó la vida», sentenció yo,

«Extraño —continuó él—. ¿Y usted quiere que le haga un anillo de esto?»

«Sí», contesté.

«Hum —dijo él—. Claro, es asunto suyo.»

Entonces yo reaccioné:

«¿Es que no se puede hacer un anillo de esto?»

En aquel tiempo, no prestaba atención a los trenes. Pero ellos me hacían sufrir con sus gemidos sin que yo siquiera fuese consciente de ello. Había en mí un presentimiento borroso, una especie de temor a sus aullidos.

Sin embargo, una noche dije, sorprendiéndome a mí mismo:

«Tengo miedo a los trenes».

«Tú no temes a nada —dijo ella—. No debes tener miedo.»

«Me asustan también los perros», dije.

«¡Oh!», dijo ella, pero no pudo continuar. En cuanto redondeó la boca para decir «Oh», yo ya había pegado mis labios contra los suyos, así que nuestro beso tuvo el eco oscuro del arrepentimiento, un oh... oh... oh... largo y sordo, que se inflaba y adelgazaba hasta estallar, con una leve detonación, como una pompa de jabón.

«Oh», dijo ella otra vez, y ahora su voz era más lóbrega, más embriagada.

«¿Qué te pasa esta noche?», preguntó.

«No tenía que haberlo dicho. No tenías que haberme dejado decirlo.»

«¿Qué?», dijo ella.

«Lo de los trenes y los perros. No debía pronunciarlo. Si no lo hubiera dicho, ahora no estaría pensando en ello.»

Estábamos tumbados en la hojarasca al lado de la vía de los trenes.

Nunca he podido explicar lo que me pasaba. En cuanto notaba la llegada del tren por el leve temblor del suelo, me asaltaba un impulso viril y una especie de temor, una inquietud que me empujaba a echarme debajo de las ruedas.

«Abrázame —dije— con fuerza.»

«¿Otra vez tienes miedo? —preguntó ella—. Aquí no hay perros. ¿O quizás has oído algo?»

«Sí —dije—. El crujido de las pipas entre los colmillos.»

«Será el supervisor de los ferrocarriles que va inspeccionando las vías.»

«No —dije—. Tú sólo abrazame fuerte.»

Cuando el tren pasó tronando, levantando un remolino de hojas muertas que habíamos amontonado, yo temblaba, al borde del desmayo. Después, brusca e inexplicablemente, empecé a sollozar.

«¡Mira! —exclamó ella—, ¡mira!»

Estaba lo bastante oscuro para no tener que sonrojarme. De todas formas, no me avergonzaba llorar. Pensaba inventar alguna explicación, pero renuncié también a eso. Incluso me gustó haber llorado delante de ella.

«¡Mira, tonto! —repitió ella—, mira lo que he encontrado.»

Solamente entonces abrí los ojos.

En la palma de la mano llevaba una muñeca de trapo de cabello rubio. Toqué con dos dedos el vestido de algodón de colores de la muñeca, después remangué su vestido y me reí.

«Éste será nuestro bebé —dije—. Inmaculada Concepción.»

«Te estás burlando de mí», dijo ella.

«No es cierto.»

«Bueno, entonces bauticémosla.»

«No —dije—. ¡Arrojémosla debajo de un tren! Tiene un morro parecido al hocico del bulldog atropellado por el coche.»

Ella contempló furtivamente la cara de la muñeca, después soltó un grito leve y la lanzó hacia el terraplén.

Sentí el serrín de las entrañas de la muñeca caer sobre mi cara, como si fuese arena.

«Extraño», dijo ella al despegarse de mis labios.

«¿Sí? —dije—. ¿Qué es extraño?»

Estaba acostada boca arriba, encima de un lecho de hojas muertas, la mirada perdida en el oscuro cielo nocturno.

Pero lo nuestro había empezado mucho antes.

En aquel tiempo, cuando creo que la vi por primera vez, buscaba febrilmente algunas respuestas, estaba ocupado conmigo mismo, es decir, con lo esencial de la vida.

He aquí algunas preguntas para las que buscaba respuesta:

- la inmortalidad del alma
- la inmortalidad del sexo
- la inmaculada concepción
- la maternidad
- la paternidad
- la patria
- el cosmopolitismo
- la cuestión de la transformación orgánica de la materia
- la cuestión de la alimentación
- la metempsicosis
- la vida en otros planetas y en las estrellas
- la edad de la Tierra
- la diferencia entre cultura y civilización
- la cuestión racial
- la postura apolítica o el compromiso
- la bondad o la falta de escrúpulos
- el Superhombre o el Hombre Universal

- el idealismo o el materialismo
- Don Quijote o Sancho Panza
- Hamlet o Don Juan
- el pesimismo o el optimismo
- la muerte o el suicidio etc., etc.

Estos y otra decena de problemas similares estaban frente a mí, como una cohorte de esfinges silenciosas y malhumoradas. Así, justo cuando llegaba al problema número nueve —la cuestión de la alimentación— habiendo solucionado como pude los ocho anteriores, apareció esto último, la cuestión del amor...

Desmontada en sus partes esenciales, esta cuestión — en este caso concreto— tenía estas determinantes:

Pregunta: ¿De qué color son sus ojos?

Suposiciones: verde, azul turquesa, color de moras maduras, azul marino, como el cielo nocturno sobre el Adriático, sobre Madagascar, sobre Odesa, sobre Célebes; como el mar en las orillas del Brac, del Cabo de Buena Esperanza, etc.

Pregunta: ¿De qué color es su cabello?

Suposiciones: marrón, rubio, cabello de hada, de Viviana, color de claro de luna maduro, de pura lana solar, de un día soleado...

¿Su voz?

¿Arpa de plata, viola con sordina, laúd renacentista, sonido de guitarra sueca con trece cuerdas, órgano gótico o clavicordio en miniatura, *staccato* de violín, arpeggio en acorde menor en guitarra...?

¿Sus manos, sus caricias?

¿Sus besos?

¿Su pecho, sus caderas, sus muslos?

Así, ella, con tan precioso cargamento barroco, se dirigió hacia mí con paso de fiera domada, el cabello al viento.

Fue de esta manera:

En compañía de Cabrío Sabio, estaba a punto de entregarme a la filosofía, y justamente habíamos llegado —sin mucho esfuerzo— a la famosa novena cuestión, ruando él propuso que nos la saltáramos, puesto que era bastante vulgar y poco interesante para los filósofos, para dedicarnos a la astronomía y empezar todo el asunto a partir... de las estrellas.

Naturalmente, estuve de acuerdo.

A tal fin vendimos todas nuestras pertenencias (es decir, su abrigo y el mío, y algunos libros exprimidos como limones, que casi podíamos tirar en la taza del váter) y nos mudamos a una pequeña buhardilla en la periferia de la ciudad. Allí pasábamos los días, o mejor dicho, las noches, contemplando las estrellas y descubriendo galaxias desconocidas para nosotros hasta la fecha. Bautizamos a una estrella de la constelación de Orión como Amor Sin Descubrir, a la otra como Cabrío-Sabio, a la tercera con mi nombre (que siga siendo un pequeño secreto), mientras que a la cuarta la denominamos sencilla y vulgarmente Hambre.

De esta manera justificamos nuestra inconsecuencia y la vuelta a la famosa e indigna cuestión ordenada bajo el cabalístico número nueve.

«Permítame —dije— presentarle a mi compañero, Cabrío-Sabio.»

«¡Oh! —dijo ella—. Usted debe de ser filósofo.»

«No —dije yo—, es astrónomo.»

«Sí —dijo Cabrío-Sabio—, y él es...»

«Trotamundos», rematé yo, y le pisé el callo. (Nunca me ha gustado desnudarme en público.)

«Oh», dijo ella, y una nube pasó volando por sus ojos.

«Sí —añadí—. Acabo de volver del Cabo de Buena Esperanza, vía Costa Azul.»

«¡Qué suerte tienen!», dijo ella,

«¿Tenemos?», dije.

«Sí que la tenemos», dijo Cabrío-Sabio.

El otoño del año 7464 (según el cálculo bizantino del tiempo) era húmedo y nebuloso; las hojas se habían vuelto amarillas y secas de un día para otro, hasta que una mañana descubrimos con asombro que las ramas estaban desnudas como tuberías. ¡Todo ocurrió tan de repente!

«¿Cómo se llama usted realmente? —preguntó ella el día siguiente—. Supongo que Cabo de Buena Esperanza no será un nombre propio.»

«Orfeo —dije—. Orfeus.»

Cabrío-Mentiroso confirmó:

«Aquí tiene por qué usted, Magdalena, no podría llamarse Eurídice. Seguramente es lo que él quiso decir también... ¿No es así, Orfeus?»

«Naturalmente —dije—. Se sobreentiende. Si usted no tiene nada en contra.»

«Oh —dijo—, qué extraños que sois.»

Y después, a bocajarro:

«¿Dónde está su guitarra, Orfeus?»

«En la buhardilla», dije.

«¿Qué buhardilla?», dijo ella.

«Vivimos allí por la proximidad con las estrellas, usted lo entenderá. Convertiremos el Hambre en Eurídice. ¿Le agrada?»

«No lo entiendo», contestó ella,

«Para que una estrella lleve su nombre.»

«No me llamo Magdalena.»

«¿Quién dice Magdalena?... Yo he dicho Eurídice.»

«Oh —dijo ella—. No me importa. Pero me gustaría ver la estrella.»

«Naturalmente —dije yo—. Elegiremos una estrella digna de su nombre.»

La buhardilla (I)

Al día siguiente, la llevé por la escalera de madera hacia la buhardilla. Había echado a Cabrío-Sabio y justifiqué su ausencia asombrándome de no encontrarlo.

«No es muy correcto por su parte», dije.

«No lo es», dijo ella.

«Quizás haya ido al planetario», añadí yo para disculparle.

«¿Y dónde está la guitarra de usted?», preguntó ella, echando otra mirada por la habitación.

El cuarto se parecía a las entrañas de aquellos barcos que se tambalean en el mar abierto, perdidos en las noches oscuras. La humedad había dibujado extrañas representaciones de la flora y fauna que crece y florece sólo en los sueños. En el techo se representaba la creación del mundo por el abrazo del rocío del sueño con la vigilia verde; y en los cuatro ángulos se situaban imágenes simbólicas de los cuatro continentes: el verano africano, la primavera asiática, las nieves de América, el otoño europeo.

Mastodontes y reptiles pastaban por las paredes, mientras que los colibríes picaban las legañas tupidas en las pestañas de un mamut. Bandadas de palomas salvajes (cuyos últimos especímenes se encuentran en esta habitación de la buhardilla), cigüeñas y golondrinas cubrían las paredes, formando una enorme cuña parecida a la cifra uno, realizando de este modo la imagen de la fraternidad bíblica y el milagro mítico de la amistad: «Y la golondrina instalará su nido en la oreja del mastodonte, los colibríes peinarán con su pico de plata las crines de los leopardos, mientras

que el pájaro carpintero le limpiará los dientes al cocodrilo del Niágara y del Santo Nilo» (*Evangelio según Cabrío-Sabio*, traducido del galáctico al buhardillesco y compuesto en versos por el... denominado Orfeo u Orfeus).

Con nuestras uñas hemos escrito (cuando no iba en detrimento de las imágenes pintadas por la mano húmeda), a través de toda la pared, sentencias en latín y en griego, que respetábamos como si fueran los diez mandamientos y las pronunciábamos en las horas bajas de crisis intelectuales y desesperaciones, a guisa de oraciones purificadoras. Eran indicadores del camino hacia la Verdad, *lux in tenebris*, como decía Cabrío-Sabio. A quién más se le hubiera podido ocurrir grabar las sentencias en la pared *ad unguem*, «¡a uña pelada, basta que la sangre estalle!».

He aquí algunas máximas del templo de la buhardilla:

Jos arta, caci se prostituat!

*

Quod non est in actis (in artis!) non est in mundo

*

Plenus venter non studet libenter

*

Nulla dies sine linea

*

Abyssus abyssum invocat

*

Nec vivere carmina possunt

*

Quae scribuntur aquae potoribus

*

Ho bios brakhus, hê de tekhnê macra

*

Castigat ridendo mores

*

Amo, ergo sum

*

Credo quia absurdum

*

Tempora si fuerint nubila, solus eris

*

Felix qui potuit rerum cognoscere causas

*

Gnothi seauton

*

Habent sua fata libelli

*

Os homini sublime dedit

*

Pactus est quod disertos facit

*

Albo lapillo notare diem

*

Mens agitat molem

...

¿Recuerdas, Cabrío-Sabio, aquel grito?:

O ubi campi!

Aquella sabiduría que nunca respetábamos:

Primum vivere, deinde philosophari

Aquella vanidosa:

Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis. («Hemos llegado por fin hasta donde nos faltó globo terráqueo».)

¡Ah, aquella buhardilla!

Por el suelo habíamos extendido una paja sucia y pisoteada, llena de cucarachas, así que en pleno día gris (la ventana estaba tapada con trapos y viejos periódicos de papel amarilleado) se oía el rumor de patas entre el forraje.

Nuestros libros estaban dispuestos en la cama y envueltos en pañales de celofán: sin embargo, incluso allí los encontraron las ratas, así que tuvimos que guardar los ejemplares más preciados debajo de una campana de cristal, encima de la que pusimos una piedra. Cabrío-Sabio robó la campana para este propósito en *Tres Elefantes*: sencillamente, se la puso sobre la cabeza y salió declarando ante todo el mundo: «Con este aparato viajaré más cerca de las estrellas», y la gente (incluyendo al camarero) se reía de la broma y la ambición de su edad. Debajo de esta campana teníamos los siguientes libros: *La ética de Spinosa* en latín, *Las escrituras sagradas* en hebreo, *Don Quijote*, *El manifiesto* de Marx y Engels, *Los pensamientos de un biólogo* de Jean Rostand, *Yoga para todos*, el libro de Jins sobre las estrellas, *Une saison en enfer* de Rimbaud, *Del amor* de Stendhal, *Sexo y carácter* de Weininger, una edición de bolsillo de reproducciones de Van Gogh y un horario internacional de trenes.

Guardábamos nuestras pertenencias colgadas de unos ganchos en el techo, exactamente en el centro del techo, coincidiendo con la vagina de Venus, dibujada claramente por la milagrosa imaginación de la humedad, en forma de concha y algas marinas. De estos ganchos que salían de la entrepierna de Venus, colgaban los pantalones negros de terciopelo de Cabrío-Sabio y mis corbatas negras, unas doscientas. De otro gancho colgaba una bolsa de plástico, en la que guardábamos los cepillos de dientes, la crema de zapatos, la pomada y las maquinillas de afeitar. En un rincón o en el centro del cuarto (no tenía un lugar predeterminado), había una antigua mecedora —con las cañas ya deshechas— que servía para las discusiones filosóficas y los ensueños. De nosotros dos, el que estuviera en estado del *amok* se solía mecer en la silla chirriante pronunciando visiones y presagios pitios. El roto y medio ciego espejo colgaba algo ladeado encima del lavabo de la más transparen-